

Iglesia Católica: unos con otros

Josefina Araos

Instituto de Estudios de la Sociedad



En una entrevista publicada el fin de semana, Juan Pablo Hermosilla, abogado que encabeza las demandas por abuso sexual en nuestro país, sugiere que la avalancha de denuncias que ha inundado a la Iglesia chilena seguirá avanzando con fuerza. Las acusaciones a figuras tan emblemáticas como Precht o Poblete —aunque las investigaciones sigan en curso— refuerzan la idea de que los abusos no constituyeron situaciones excepcionales. Se trata más bien de prácticas arraigadas donde la tónica entre quienes rodearon a los abusadores, como el mismo Hermosilla señala, parece haber sido, en el mejor de los casos, “mirar para el lado”.

Este escenario le presenta a la Iglesia un desafío de gran envergadura, en el que no sólo debe preguntarse por las razones que explican la aparición de estas figuras, sino también (y quizás sobre todo) por las condiciones que hacen posible el despliegue sistemático de sus abusos. La res-

puesta más tentadora es afirmar que en la jerarquía eran todos malos y corruptos; que la mayoría prefirió callar porque así protegían a sus amigos y, de paso, a sí mismos. Sin duda, se trata de una hipótesis viable. Pero la extensión de este tipo de denuncias, y la transversalidad de esta suerte de incapacidad estructural para abordarlas, pareciera indicar un problema más profundo que la sola (mala) voluntad de los involucrados. De hecho, el despertar general de la sociedad chilena frente a los abusos, no sólo al interior de la Iglesia, ha tendido a mostrar un patrón: casi siempre hubo

testigos que se mantuvieron en silencio. Basta recordar cómo varios entrevistados, a propósito de las denuncias a Herival Abreu, reconocieron que las prácticas del famoso director eran un “secreto a voces”. Es como si se estableciera automáticamente un tabú frente al abuso, una especie de acto imposible de narrar, frente al cual es más sencillo cerrar los ojos y hacer como si no ocurriera.

“El abuso pone en riesgo una de las dimensiones más esenciales de la vida social: la configuración de los vínculos”.

La tarea de entender y romper ese silencio, finalmente cómplice, exigirá lógicamente repensar los mecanismos disponibles para prevenir, investigar y condenar a quienes cometen estos delitos. Sin embargo, el problema no se reduce a una cuestión puramente técnica. Al quebrar la confianza, el abuso pone

en riesgo una de las dimensiones más esenciales de la vida social: la configuración de los vínculos.

Parte importante del desafío, entonces, será volver a preguntarnos cómo construimos la relación de unos con otros; cómo asegura-

mos que los vínculos se establezcan siempre a partir del reconocimiento de la dignidad e indisponibilidad de quien tenemos delante nuestro. Y esa misión, como bien muestran los tiempos que corren, no será exclusiva de la Iglesia. Aunque la profundidad de la crisis que atraviesa le da la oportunidad de encauzar ese permanente e ineludible desafío.

Ignacio Sánchez D.

Rector, P. U. Católica de Chile



Aporte del Ministerio de Ciencias

La misión de las universidades es la formación integral de los jóvenes y la generación de nuevo conocimiento, apoyando las ciencias, las humanidades y las artes en todas sus áreas de desarrollo. El nuevo Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación permitirá coordinar y promover las ciencias, humanidades y tecnologías con el fin de avanzar hacia un desarrollo sustentable y contribuir al desarrollo del patrimonio cultural, social y económico del país.

Se valoran las intervenciones del ministro Andrés Couve en el sentido de relevar la importancia de la inversión en ciencias. Así, con el fin de asumir los desafíos que se presentan, es crucial que el país pueda incrementar la inversión pública y privada, para poder destinar nuevos recursos a estas tareas. Esto incluye invertir en nuevos proyectos de investigación; potenciar la formación doctoral y la reinscripción de investigadores jóvenes; la implementación de equipamiento tecnológico mayor; la formación de nuevas redes internacionales, y la instalación de centros de innovación internacional con fuerte vinculación al sector productivo, entre otros. Con preocupación, hemos visto que existe un gran número de investigadores con proyectos de gran calidad que no pueden ser financiados por falta de recursos. Por otra parte, los estudiantes de doctorado requieren de un apoyo más integral.

Es fundamental el apoyo a las artes y humanidades, asegurando tener material bibliográfico de frontera y un activo intercambio académico. Es crucial potenciar el desarrollo regional, con el fin de descentralizar la actividad científica. Junto a ello, la creación de programas de educación y difusión de las ciencias en la etapa escolar y en la sociedad, permitirá un futuro sustentable en investigación. Es urgente que el ministerio cuente con los recursos necesarios para estas tareas.

Es importante considerar las restricciones presupuestarias para la focalización de los recursos públicos. Ciertamente, la investigación en ciencias y humanidades es lo que va a significar la posibilidad de avanzar hacia un desarrollo integral e implementar los cambios que anhelamos. Esta inversión es el futuro del país y significará una mejor calidad de vida para nuestros habitantes. Debemos insistir: no podemos postergar el desarrollo de las ciencias y humanidades.

El regreso de Elliott Abrams

Gonzalo Baeza



La expresión “failing upwards”, literalmente “fracasar hacia arriba”, es usada en Estados Unidos para describir a aquellas personas que pese sus traspés profesionales siempre encuentran otro trabajo tanto o más prestigioso que el anterior. En el ámbito de la política exterior, tal vez no haya un grupo de ideólogos más propensos a fracasar hacia arriba que los llamados neoconservadores, el ala más intervencionista del *establishment* político estadounidense.

La carrera de Elliott Abrams, el recientemente designado representante especial de EE.UU. para Venezuela, ejemplifica el término. Tras recibirse de abogado en Harvard a mediados de los setenta, comenzó su trayectoria pública como asistente del senador demócrata Henry “Scoop” Jackson, conocido como “el senador de Boeing” por su cercanía a la industria de defensa.

El proceso de convertirse en un “halcón” de la política exterior continuó bajo el gobierno de Ronald Reagan, quien en 1981 lo nombró secretario de Estado asis-

tente de Derechos Humanos y Asuntos Humanitarios. Fue durante estos años que Abrams cimentó su reputación de apologeta de los crímenes de diversos regímenes apoyados por EE.UU. durante la Guerra Fría.

Uno de estos episodios fue la masacre de El Mozote en El Salvador, a fines de ese mismo año, cuando el Ejército mató a más de 800 civiles, muchos de ellos torturados. Abrams cuestionó la veracidad de los hechos ante el comité de relaciones exteriores del Senado y durante años insistió en que las muertes fueron producto de un enfrentamiento entre dos bandos. También defendió el apoyo de EE.UU. a los contras nicaragüenses. En 1991 fue procesado por esconder información al Congreso como parte del caso Irán-Contra, en que personeros del gobierno estadounidense vendieron armas a Irán con el fin de financiar a la oposición.

En el gobierno de George W. Bush, Abrams fue miembro del Consejo de Seguridad Nacional, desde donde pro-

movió la invasión de Irak y, en 2002, apoyó el intento de derrocar a Hugo Chávez, entonces Presidente de Venezuela. Pese a que no es conocido para el estadounidense medio, su historial ha dejado una marca a la que Thomas Pynchon alude en su última novela, “Al límite” (2013), cuando describe cómo “gorilas como Abrams” convirtieron

“En su última novela, Thomas Pynchon describe cómo «gorilas como Abrams» convirtieron «Centroamérica en un matadero»”.

“Centroamérica en un matadero, todo para llevar a cabo sus fantasías anticomunistas”.

Cuando algunos pretenden que el pasado no es relevante para determinar la política actual, son las palabras del periodista ganador del Pulitzer en 2014, Glenn Greenwald, las

que mejor describen a Abrams y su nueva cruzada en Venezuela: “Continúa sorprendiendo —mareando— cómo tanta gente que se ha pasado dos años llamando a Trump un monstruo dictatorial racista, xenófobo y fascista, ahora está dispuesta a creer que él, John Bolton y Elliott Abrams sólo están enviando ‘ayuda humanitaria’ para ayudar a liberar al pueblo venezolano”.